SITUACIÓN

El modelo económico basado en el dinero es demasiado arbitrario, se fundamenta principalmente en la ambición y el egoísmo. Los seres humanos no somos egoístas por naturaleza - esto sólo funciona en la cabeza de los psicópatas. Es por ello que las reglas sociales de la gestión eficiente de los recursos no puede sostentarse en el egoísmo. Ya se han visto una gran muestra de evidencias que confirman la necesidad de cambiar el modelo: el enfoque egoísta sólo puede funcionar, de hecho, cuando se da el equilibrio de Nash. El problema de la aplicación del equilibrio de Nash es que antes debemos modelar la realidad a estudiar dentro de la teoría de juegos, cosa que sólo es aplicable cuando ya tenemos el protocolo establecido - las reglas del juego. Es por ello que estos enfoques pueden funcionar para economistas y estadistas, pero no puede ser el eje central de la dirección económica llevada a cabo desde los deseos representativos del Pueblo.

El Pueblo tiene sentimientos, difícilmente pueden verse reflejados en unos señores que tuvieron que traicionar a sus mejores amigos con el fin de subir puestos dentro del voto privado de su propio partido. El acto más noble que lleva a cabo un político está fundado en la exposición de su propio programa en campaña o en el trabajo mismo que ha de llevar a cabo para negociar los votos y los presupuestos al principio de la candidatura - si es que a esos actos se les puede llamar nobles. Para entender el alma humana debemos partir de entender qué clase de personas son las que se supone que deberían llevar un país. Para ello, es importante poder definir en condiciones qué significa ser noble y si realmente vale la pena esperar ese comportamiento en según qué instituciones públicas.

La nobleza se da cuando un individuo concede desde las alturas un beneficio a alguien de abajo. Desde el punto de vista egoísta, no sólo consiste en un acto absurdo en cuanto a que es altruísta, sino que además es más absurdo todavía pues el objeto consiste en compartir aun perdiendo algo de valor que le era propio. Para entender la nobleza desde nuestra propia naturaleza, no hay más que comparar a los mamíferos con los reptiles. Los reptiles no pueden ser nobles, esto es, no poseen la parte del cerebro que les obliga a buscar la manera de calentarse en su camada: para calentarse esta clase de animales llevan a cabo movimientos rápidos, son de sangre fría. Los mamíferos, sin embargo, tienen un comportamiento más noble: la madre comparte su calor con sus hijos; los padres se preocupan de su alimento y protección. Una madre mamífera es capaz de hacer cualquier cosa por proteger a sus crías.

Es probable que muchos quieran ver el egoísmo de los genes en el comportamiento de los mamíferos y que, por tanto, vuelve el egoísmo a ganar la partida. Sin embargo debo disentir: el comportamiento más egoísta que existe está en los insectos, que no tienen que hacer grandes inversiones caloríficas para conseguir el máximo rendimiento

energético y, sin embargo, la evolución demuestra que cuanto más dependemos del calor mayores rendimientos sociales se obtienen; esto es, el máximo rendimiento social de los recursos que puede obtenerse tiene un vínculo con nuestra capacidad para regular la temperatura.

Quizá este nuevo paradigma nos pueda ayudar a entender cómo es posible que un ser humano pudiera evolucionar con tantas enfermedades genéticas: cómo es posible incluso que los primates sean más duros que el hombre, y el hombre, sin embargo, alcanzara ciertas cotas de autoorganización que no podía encontrarse en otras especies. La explicación debe estar en una gestión interna donde el propio sistema endocrino del animal se preocupe de la propia reproducción. Podemos entender que el calor acumulado sobre unos genes podría ayudar a incitar una mayor conductividad eléctrica, para provocar así su replicación, de esta manera podría tener algo que ver el que unos genes suelan ser muy activados en muchas células como para que el sistema inmunológico considerara importante su replicación a la hora de escoger los genes más adecuados para la elección del siguiente ser. No está demasiado alejado de la teoría del gen egoísta. Quizá el matiz sea lo suficientemente leve como para no tener que considerar el egoísmo salvo como un resultado aparente, como la mano invisible que controla el liberalismo según Adam Smith.

PROPUESTA

La gestión de recursos, a partir de lo que se comenta, debería de sostenerse bajo la teoría de que somos mamíferos - de que formamos camadas. Bien es cierto que la consideración de la familia puede ser crucial, pero lo más importante es que el país conforme una gran familia. La racionalidad nos obligará a tener que admitir según qué tipo de modelo de país sin embargo, desde el punto de vista económico o incluso parlamentario, no debería existir ningún margen de duda al respecto.

Quieren aquellos que ya viven bien no tener que plantearse el tener que trabajar para los demás, aquellos que son egoístas, ya sea porque les vino por enfermedad, nacimiento o problema social, creerá que lo siguiente es un enorme absurdo - sin embargo la lógica que hay detrás de todo esto es simplemente incontestable. Si en la edad media alguien se hubiera planteado que todas las personas podrían aprender a leer, está claro que más de un monje negaría la necesidad de que las personas tuvieran la oportunidad de blasfemar la Biblia, o más de un noble no gustaría de comprobar cómo se crea una falsa heráldica. Sin embargo, los años nos trajeron modelos notariales, protocolos y otros mecanismos que nos dieron seguridad para la manera que teníamos de trabajar. Las herramientas que disponemos hoy día es, ni más ni menos, que Internet. Muchos científicos podrían considerarla una herramienta perniciosa, pues ésta es responsable de la aparición de los usuarios trolls, los que gustan de llamar la atención y, por tanto, es necesario reorganizar los mecanismos de captura de documentos..., pero ese tipo de problemas son otro berenjenal.

Supongamos que todas las personas mayores de edad dispusieran de una línea de crédito de, por ejemplo, unos 100 euros. Esta línea de crédito no sería acumulativa sino que, simplemente, sería un crédito. Mes a mes todas los individuos del país verían su crédito rellenado, como un cubo que se vacía de agua y, pasado un tiempo, alguien se encarga de llenarlo hasta arriba.

Podríamos tener la siguiente perspectiva: el crédito no gastado es un crédito que no hay que recuperar. Un animal de sangre fría diría que este enfoque es equivocado: todos gastaríamos hasta el último céntimo del crédito. Y yo digo, ¿de verdad? Párense sólo por un momento a pensar cómo funciona todo esto: el pobre necesitará todo ese dinero, y lo gastará. El rico puede que no sepa cómo gastar las cantidades más irrisorias y, ¿qué es irrisorio para un rico? ¿acaso no obviará más el rico que el pobre? ¿acaso no gusta el rico quemar su dinero en cosas que no necesita? ¿Podría no querer complicarse para no tener que tocar un dinero que preferirá quemar? El consumo es, de por sí, una paradoja para las ideas del propio egoísmo.

Para entender el funcionamiento de la línea de crédito sólo habría que mirar quién lo gestiona y de qué manera. Lo primero a decir es que ese dinero no sería ningún tipo de divisa. Podríamos decir que se trata de "otro dinero", algo al margen de especulaciones. Concretamente pueden ser considerados bonos. Estos bonos funcionan como cualquier efecto: de forma automática conceden el derecho de aumento de crédito al beneficiario, sin necesidad de avales porque el crédito o se tiene o no se tiene, y, de esa manera, el beneficiario podrá disponer de más crédito (bonos) para negociar con él.

Podemos entender, a modo de ejemplo, que si quiero gastar mis bonos en comprar el pan, entonces lo primero que haré será darle valor a la compra del pan (por ejemplo el 3% de mi crédito - si son 100 euros en total sería 3 euros). Comunico al funcionario representante del Banco de España que cedo 3 percentiles diarios en concepto "pan" - para que me resulte fácil recordarlo- y le daré el CIF de la panadería o el NIF del panadero, si es autónomo. Así iré a comprar el pan todos los días sin excepción. Por lo que el pago de los tres percentiles deberá hacerse día tras día. Eso quiere decir que el panadero verá aumentado en tres percentiles todos los días su crédito. Por lo que éste tendrá conocimiento de este hecho a través de las vías oficiales. Ahora es cuando llegan los problemas: ¿qué pasan los domingos? ¿qué pasa si sube el pan?

Todos los días iría a la panadería, mostraría (si fuera necesario) mi DNI - que ahora son electrónicos, y el panadero me daría una cesta de la compra equivalente a los percentiles que teníamos acordado. Hoy me dará empanadillas, mañana serán ensaimadas..., buffet libre. Es bien sabido que hay días en el que el panadero no querrá trabajar, así que el panadero se reserva el derecho de acordar mercaderías de más o de menos, en virtud de los percentiles contratados. Ahora bien, tanto si la mercadería se queda un poco corta de menos, como si en alguna ocasión salió demasiado salado el pan, o si se le olvidó darnos una doble mercadería el día anterior a un día de fiesta..., el panadero no tiene responsabilidad ni civil ni penal de llevar a cabo esas acciones al pie de la letra. Tan sólo aquello que marque la ley en cuanto a un código de conducta profesional marcado por las leyes sanitarias, o del gremio. Esto es, si este panadero no es de su satisfacción, puede ir a gastarse el crédito en otra panadería. Bien podría formularse a algún tribunal de la competencia la necesidad de ser más meticuloso en los servicios dados por aquellas empresas que no tengan competidores, sin embargo, al menos hasta aquí el modelo sería así de simple: no hay responsabilidad mercantil denunciable por dar de menos debido al carácter arbitrario que eso supone frente al poder devastador de dejar de comprar en su establecimiento.

De la misma manera, si el panadero decide que cada vez le dará una empanadilla menos por los mismos percentiles, será exclusivamente el propio cliente quien decida si le compensa o no.

Este modelo puede ayudar a implementar mecanismos just in time dentro de un país desordenado. Anteponer la obligación legal de estar donde se supone que se debe estar con los bienes que se aseguraron que se tenían se convertirá en la única obligación mercantil que deberá tener un proveedor. Es por ello que si el cliente solicita un servicio just in time al funcionario, significará que el proveedor primero deberá aceptar la responsabilidad de ofrecer el servicio y, una vez aceptado, al cliente se le comunicará que puede iniciarlo. De esta manera el proveedor que no ofrezca el servicio que aseguró que tendría podría pagar multas por prometer sin tener. Estas multas, considerando nuestro modelo, podrían ser de traspaso de percentiles previamente aceptadas por el tipo de falta cometido por el proveedor. Esto es, en el documento Just in Time debería de reflejarse qué tipo de situaciones podrían provocar la multa y cuál sería su valía.

Llevar a cabo estos enfoques nos lleva a otro hecho incontestable: es casi imposible defraudar a Hacienda. Mediante un esquema basado en los impuestos indirectos, bien podría costearse cada gasto a una cantidad fija; por ejemplo el 10% de los percentiles. Estos percentiles serán repercutidos sobre el cliente, al que le devolverán dicho dinero al año siguiente. De esta manera, si mantiene sus esquemas de compra año tras año, entonces será como si no pagara impuestos. Estos porcentajes servirán de regulación para poder invertir en el valor de los funcionarios que harán todo esto posible. Como los funcionarios ganarán percentiles, eso quiere decir que todo su sueldo estaría basado en estos esquemas, razón por la cual este sistema debería ser lo suficientemente general como para que afecte a todos los negocios.

Es posible que alguien considere la posibilidad de que un funcionario podría entrar en su propia cuenta y cambiar sus beneficios. Nada más difícil si se hace bien: gracias a la existencia de las redes de ordenadores, no necesitaremos contables que cuadren los libros de cuentas, sino contables que comprueben que los libros de cuentas cuadran. Ese matiz puede ayudar a investigar qué contable intentó descuadrar las cuentas a favor de algún amigo suyo que quiera compensarle con euros.

En cualquier caso, este esquema sería voluntario y no habría que dejar de usar el dinero convencional. Aquel que quiera seguir usando los euros, que los use. Un buen país, si bien podría haber empezado a dar créditos de 100 euros, luego podría pasar a los 200. Sin embargo, al final se trata de que los propios ciudadanos regulen su inflacción más interna, ¿cuánto vale para ellos un percentil? ¿Importa realmente la cantidad de dinero que dé el estado en forma de créditos? Realmente no si nos paramos a pensar un poco. Piénsenlo.

(Basado en el documental de Adam Curtis "The Trap")